

VIOLETA Y EL MONSTRUO

Érase una vez una niña llamada Violeta.

Tenía un amigo y compañero llamado Menma que era un monstruo. A Menma le gustaba mucho jugar con Violeta.

Un día Violeta estaba muy triste porque no encontraba a sus padres. Menma estaba preocupado porque él conocía a los padres de Violeta, bueno a su padre, pero Menma tenía mucho miedo de decírselo por si se enfadaba con él.

Así pasaron años en los que Violeta preguntaba por sus padres a todo el mundo, fueron de aldea en aldea buscándolos. En una aldea muy lejana, donde les llamaban forasteros, Violeta ya cumplía doce años y su amigo el monstruo se alegró mucho, pero un ladrón que se paseaba por ahí decidió entrar a robar.

El ladrón era un monstruo al que todos temían por su fuerza y mal genio, por eso nadie quiso ayudarlos. El ladrón dejó muy malherido a Menma y éste, medio moribundo, le dijo dónde encontrar el portal al inframundo, donde se encontraba Lucifer, el cual era el padre de.... Esas fueron las últimas palabras del monstruo.

Violeta, con ansias de venganza, se fue en busca de la tumba de Merlín que era el mago más poderoso del universo.

Tras varios años de búsqueda, por fin con dieciséis años, Violeta encontró la tumba donde se guardaba el cuerpo del mago. A su lado se encontraba, lleno de polvo, la varita de aquel mago con un conjuro para resucitarlo.

Violeta cogió con cuidado la varita y a continuación hizo lo que ponía en el pergamino: “un ocho tumbado y ahora hago una S, hago una serpiente y... una estrella... apunto con la varita a su corazón y...” ¡No pasó nada!

Volvió a intentarlo una y otra vez y no lo conseguía, hasta que se dio cuenta de que ponía algo por detrás del pergamino: “Sólo si tienes una causa noble en la que pensar, a Merlín podrás despertar”.

Violeta pensó y pensó, pero nada, no había nada...

Bueno, puede que si se concentraba mucho en su amigo, en que podría volver a verlo...

- Sí, creo que sí – se dijo para si misma. Entonces se concentró mucho y... ¡por fin Merlín despertó!

Merlín despertó muy aturdido, después de cinco millones de años dormido en una cueva, era normal... Sus primeras palabras fueron:

- ¡Ay! ¡Qué rica siesta me he echado! ¿Quién me ha despertado? ¿Has sido tú, Violeta?

- Sí señor, le quería preguntar si me podría entrenar y enseñar para poder ir al bosque encantado, buscar el portal al inframundo y encontrar a Lucifer – contestó Violeta.

- Bueno – contestó Merlín – si hago eso no tardaré mucho y podré seguir con mi siestecita.

Así fue como Merlín y Violeta se encaminaron a una cabaña en el bosque azul. Merlín le enseñó unos cuantos trucos, le fabricó una varita y hasta un traje de maga con capa y todo.

Iban por las aldeas en busca de libros y pócimas, aunque la mayoría de cosas las encontraban en una tiendita pequeña que se movía de un lugar a otro, el “Boart Hard”, donde encontraban muchos materiales.

Pasaron varios años así, hasta que un demonio anunció la llegada de malos tiempos. Los demonios grises habían empezado a salir de debajo de la tierra mandados por su jefe Lucifer, para encontrar a su hija. Al igual que Kiara, la reina que reinaba los cielos, que había enviado ángeles dorados en busca de su hija.

Fue un momento histórico puesto que se vio a los ángeles y demonios cooperar en una búsqueda y, además, en el reino humano.

Violeta no tenía ni idea de lo que estaba pasando, por eso cuando un demonio gris y un ángel dorado fueron a buscarla cuando estaba haciendo los recados en el “Boart Hard” y la secuestraron, la pilló de sorpresa.

Al salir del saco en el que estaba se dio cuenta de que se encontraba en un palacio. En frente de ella había un hombre y una mujer; el hombre tenía unos cuernos negros y brillantes, el pelo de un color grisáceo y una cola muy roja y puntiaguda, unas alas de demonio le rodeaban, llevaba un traje negro de etiqueta y sobre su cabeza reposaba una corona dorada con unos diamantes rojos. La mujer que estaba a su lado era totalmente distinta, tenía una expresión dulce, los ojos grandes y azules, tenía un pelo rubio, largo y sedoso, llevaba un vestido blanco en el que resaltaban las puntas de unos tacones azules, un halo dorado y brillante sobre su cabeza, unas alas blanquísimas

resaltaban por detrás, llevaba guantes e iba cogida de la mano del hombre que estaba a su lado.

Violeta miró un poco a su alrededor, estaba rodeada de ángeles con alas doradas y demonios grises. El palacio era de un color blanco, aunque el suelo era negro con alfombras rojas, tenía unas luces colgantes que eran muy bonitas y unas decoraciones en el suelo que eran de flores.

Una voz muy familiar la saludó desde detrás del hombre y la mujer que tenía enfrente. Miró inmediatamente hacia el lugar de donde provenía la voz y... se encontró con Menma. Era un demonio, pero algo inusual. Tenía una piel muy blanca y unos cuernos también muy blancos, aunque tirando a grises. A su lado se encontraba una chica, un ángel con el halo negro.

Menma le contó a Violeta toda la historia; ese hombre y esa mujer eran sus padres, él no se llamaba Menma, su verdadero nombre era Noah y la chica que estaba a su lado era Helena, su hermana. Menma le explicó que él y Helena eran sus hermanos mayores y que no le podían contar la verdad porque les habían capturado y puesto unos chips, los cuales podrían matarles si contaban algo de eso.

También le dijeron que su verdadero nombre era Lilith y además tenía poderes, pero no le habían podido enseñar a utilizarlos porque al ser hija de los reinos era una mezcla tan rara y tenía un poder tan absoluto que sin querer y de sólo un chasquido, podría matarlos a todos, por eso era importante que se entrenara mucho y en un lugar donde su poder no fuera mortal, por ejemplo, en el reino de los cielos.

Violeta, al principio, no lo comprendía pero a medida que pasó el tiempo y fue siendo aceptada con un poder tan grande y por una familia así, fue cada vez más feliz y aprendió a controlar ese poder.

Maya Ruíz Contreras
Ganadora Categoría B

EL NÚMERO IMPAR Y LOS YOGURES

Aquel número impar, que no sé de cuál se trataba porque no me lo dijeron, era un enamorado de los yogures. Alguno podría pensar que le gustaban mucho, ¡pero no! Todo surgió un día en que fue al supermercado de la esquina en forma de precio y le colocaron sobre un pack de ocho yogures. Enseguida pensó:

- ¿Por qué ocho y no siete o nueve?

El punto que señalaba los decimales y que se encontraba sobre unos flanes de huevo, pero sin huevo y casi sin flan, le respondió:

- Porque así se llevan mejor a casa y caben bien en el frigo.

- ¡Mentira! Si dejas un hueco en el pack, puedes poner ahí un tomate, o una manzana o tal vez un pequeño melón.

La obsesión era tan grande que otra vez apareció en la NASA, durante un sesudo cálculo para un vuelo intergaláctico:

- La distancia de aquí al planeta XM es de dos millones de años luz y un yogur.

El coronel encargado de la misión preguntó:

- ¿Un yogur?

- Aquí pone eso.

- ¡Ah! ¿Natural o de sabores?

- No creo que afecte a la trayectoria.

Cuando apareció en el Maratón de Valencia, el ganador fue el keniano Mugundu Yogur. Nada más llegar, con un hilo de saliva en la boca que iba y venía, le entrevistó el famoso reportero Nomeentero:

- ¡Enhorabuena por la carrera! Extraño apellido para ser de África.

- En un perfecto castellano de Cuenca, el atleta respondió:

- Me apellido Kulumbu.

- ¿Yogur Kulumbu?

- ¿Yogur?

- Sí, mire en el marcador de las llegadas.

Y se creó una gran confusión sobre si debía recibir o no el premio porque no presentó ningún documento que demostrara su cremoso apellido.

A este número le gustaba viajar de aquí para allá y un buen día apareció en la Academia de las Ciencias para reclamar los impares derechos. Se entrevistó con su

presidente, un ingeniero que había ideado el molesto trocito de carne que se queda entre los dientes tras las comidas y tener así disculpa para utilizar un palillo:

- Quisiera hacerle una sugerencia.

- Por supuesto que será escuchada: es la primera vez que me entrevisto con un número.

- Impar.

- Eso, número impar.

- No es justo que en los envases, de cualquier tipo, prime el número par. Creo que es una discriminación y vengo a que me escuche y formule una queja a los fabricantes de todo, en especial de yogures.

- Muy interesante. Por cierto, tenía por aquí una operación matemática sin resolver y me gustaría contar con su colaboración.

El número se ofreció y se introdujo en las raíces cuadradas, redondas, rectangulares y ovaladas; sumó, restó y multiplicó y finalmente dio con la solución: 4,5 millones y un yogur.

Abandonó la Academia por la puerta de atrás, cabizbajo y sin muchas esperanzas de conseguir lo que deseaba.

Caminó sin rumbo fijo por las Avenidas de Newton, Einstein y Vicente del Bosque buscando inspiración y se topó con un repartidor de productos lácteos; aprovechó una de las entregas y se coló en el furgón frigorífico. Leches, flanes, helados, gelatinas, cremas, natas y yogures se quedaron atónitos: ¿qué hacía un número en un lugar tan frío y oscuro? ¿Tal vez una subida de precios de última hora? Pronto salieron de dudas:

- Vengo porque estoy harto de tanta injusticia.

- ¡Eso! - exclamó un postre de chocolate y nata- Con eso de la dieta, cada vez me consumen menos; que si calorías, azúcares, líneas delgadas y sanas, me veo relegado al último puesto.

Un yogur desnatado, cero calorías, sin azúcar, deportista desde los inicios y experto en barranquismo, se atrevió a decir:

- Se ha acabado la molicie: ¿kilos a cambio de sabor? ¡No, por favor!

- Soy un número impar y quisiera que los packs de ocho se cambien a siete.

Nadie se atrevió a decir nada, hasta que un yogur de limón saltó de su pack de sabores:

- Tienes razón. ¿Por qué tengo que estar junto a un envase de coco? Me gustaría ser libre y sin compañero que me ate.

El sabor de coco comenzó a sollozar:

- ¿Por qué nadie me quiere? Soy buen conversador y muy sabroso, al tiempo que digestivo.

Y todo el furgón era una mezcla de conversaciones, gritos, lágrimas y carcajadas. Una sesuda leche entera se dirigió al número:

- Has traído la confusión y la enemistad. ¿Qué más da par que impar, siete que ocho? Yo voy sola o en cajas de seis unidades y no me importa una cosa u otra. Creo que debes reflexionar y ver siempre el lado positivo de las cosas.

El número abandonó el furgón, acompañado por el yogur de limón, y juntos iniciaron una nueva andadura. Visitaron supermercados y colegios, fórmulas matemáticas y recetas de cocina, programas de televisión con famosos chefs y aulas de universidades. Hoy día el número impar se ha hecho mayor y el yogur de limón ha caducado: los packs siguen siendo de ocho unidades y los goles se meten de uno en uno. Tal vez acabe nuestro número viendo un partido de baloncesto, donde hay canastas de uno, dos y tres puntos; para todos los gustos y sabores.

Carlos López Pérez
Ganador Categoría C

LA CAJA MORADA

Muchas noches Manuel no puede dormir y se dedica a imaginar sus sueños despierto.

- ¡Vamos a volar! – dice su perra Neska.

¡Pero los perros no vuelan! ¿O sí? Neska se ríe y empieza a saltar y a hacer piruetas por todos los tejados de la ciudad.

- ¡Ahora tú Manuel! - grita Neska.

- ¡Ya voy! – grita aún más fuerte Manuel, y vuelan juntos hasta tocar las nubes e incluso el sol.

Cuando llegan al sol, encima de él, ven una casa muy grande y bonita. Cada teja es de un color diferente y sus ventanas son dos ojos de color verde y además, cuando la miras, te sonrío. Parece que allí vive nuestro amigo el arco iris. Es un lugar maravilloso, pero es un sitio muy solitario. No hay nada de nada: ni pájaros, ni árboles, ni mariquitas, ni siquiera un gato que esté en el tejado de las tejas de colores.

- ¿Sabes dónde viven los animales de los cuentos? – le dice Manuel a Neska.

- Pues claro, ¡eso lo sabe cualquiera! – dice Neska.

En cada sueño hay una ventana pequeña, entras por ella, andas cinco o diez pasos y encuentras una caja de color morado. Dentro de esa caja morada están los animales de los cuentos.

- Me dan miedo las cajas moradas – dice Manuel.

- No seas tonto – ladra Neska. Las cajas moradas no muerden.

- Ya sé que no muerden pero no me gustaría vivir en una caja – responde Manuel.

- Ni a mí – dice Neska.

- ¿Y a los animales de los cuentos? Creo que tampoco les hace mucha gracia. Tal vez deberíamos abrir la caja morada – opina Neska.

- ¿Y si sale por ejemplo una pantera y nos come? – responde Manuel.

- ¿Comernos? – pregunta Neska a Manuel mientras le enseña la gran boca llena de dientes afilados. Con esa boca cualquier fiera podría echarse a temblar.

Entonces Manuel y Neska se ponen manos a la obra en busca de la ventana pequeña y la caja morada.

Atraviesan montañas llenas de palacios encantados, desiertos y mares repletos de barcos hundidos y tesoros, pasan por un lago de cristal donde viven sirenas... Pero no se ven ventanas pequeñas, ni cajas moradas.

Ven a dos monos que hacen reír a la luna, a un mago que llena el cielo de estrellas y a un camello que fuma en pipa. De la pipa salen notas musicales de colores, pero ni rastro de la ventana pequeña y la caja morada.

Cansados, Manuel y Neska se sientan en el cielo.

- ¿Qué es esto? – pregunta Neska.

- Casi la aplasto. Es una flor – dice Manuel.

Y al oír su nombre la flor crece y crece tan alto como un rascacielos.

- ¡Mira! – grita Manuel.

Justo en la mitad de la planta hay una ventana pequeña y a unos pocos pasos una hermosa caja morada.

Con la caja entre los brazos de Manuel vuelan juntos hasta tocar el sol, donde está la casa del arco iris. Manuel y Neska abren la caja y salen muchos pájaros, mariposas, elefantes, caballos, osos y un gato blanco que se sienta en el tejado de las tejas de colores.

Luego, Manuel se siente algo húmedo y cálido en la cara. Es su mamá, que le está dando un beso.

- Despierta dormilón. Es hora de levantarse – le dice su madre.

El reloj da las nueve y el sol entra por la ventana de la habitación de Manuel.

Daniela Algara Rodríguez

Ganadora Accésit “Cabrerizos Educa”